

de las naciones la existencia de la república colombiana.

Todo fué obra de Bolívar; y todos los obstáculos, dificultades y peligros venciólos con un puñado de hombres medio desnudos y hasta bisoños. La presidencia de la nueva república pertenecía de derecho al libertador, y en vano quiso rehusarla con todos sus esfuerzos, diciendo que un hombre como él debía causar cierta sombra á la libertad. Respondiéronle con una ovación y le invistieron con la presidencia.

Pero era poco para Bolívar haber conquistado la independencia de su patria, y así quiso asociar á su causa las comarcas vecinas; parte para el Perú, y los habitantes le reciben en medio de las mayores aclamaciones y le confieren la autoridad dictatorial. Secundado por la fortuna, la victoria de Ayacucho llenó todas las esperanzas de los amantes de la libertad, y la naciente república, agradecida al apoyo que le dió el genio de Bolívar, tomó el nombre de Bolivia.

Hasta junio de 1826 no entró de nuevo en su patria el libertador. Su ausencia tuvo los mas tristes resultados, pues empezaba la anarquía á levantar la cabeza, y en vano los negocios exteriores tendían á consolidar la existencia de Colombia, cuya independencia acababa de reconocer la Inglaterra, porque en el propio seno de la república era donde existía el germen de su misma destrucción.

Simon Bolívar se penetró de toda la estension del peligro, y se le presentó como un medio de sofocar las facciones el apoderarse de la autoridad suprema, lo que verificó convirtiéndose en dictador. Todos los amantes de la libertad se estremecieron á vista de semejante proyecto, y hasta se tramó una conspiración, que aunque se estrelló, reconocía á un jefe muy poderoso. Contribuyó además á hacer vacilante la autoridad de Bolívar una desgraciada guerra emprendida contra los peruanos: escapó de sus manos la dictadura de Bolivia, y fué como la señal de la defección general. Los de Venezuela, dirigidos por Páez, capitán de los llaneros y antiguo compañero de armas del libertador, se separaron de la unidad colombiana, mientras los distritos del Ecuador se proclamaban independientes.

Desde entonces la Colombia dejó de existir; reunióse un congreso nacional en Bogotá, el dictador le envió su dimisión, y se cometió la imprudencia de aceptársela. Desesperando de salvar la causa pública el que había empleado quince años de su vida en defensa de la libertad americana, tuvo el dolor de hallar en sus conciudadanos á unos enemigos mas peligrosos para su patria que los mismos españoles. Sepultóse en el olvido, en el fondo de un retiro, aunque no pudo sobrevivir por mucho tiempo á su gloria, y murió el 17 de diciembre de 1830 en San Pedro, á la temprana edad de 42 años.

Bolívar y Washington son hasta el día dos nombres inseparables, pues ellos solos representan la libertad de ambas Américas; ¡cuánta diferencia, sin embargo, en sus fortunas! El uno rodeado hasta después de su muerte de las demostraciones de amor y reconocimiento de sus conciudadanos, y el otro perseguido por el odio y la calumnia, sucumbiendo bajo la aflicción y las pesadumbres. Así es como se diferencian las naciones mas constantes en sus sentimientos y afectos: los pueblos del Norte conocen menos la ingratitud; y los del Sur, siendo mas entusiastas, rompen y levantan alternativamente sus ídolos; y

siendo menos aptos para un gobierno libre, sus pasiones harán de ellos unos esclavos por muy liberales que sean sus instituciones.

LA FE EN LA DUDA.

—¿Qué esperas?

—Para partir, espero que salga el sol.

—Pues ya en el Oriente asoma; no faltará.

—¡Oh! ese, no.

—¿Nada mas esperas?

—Nada.

—¿No esperas tampoco en Dios?

—Tampoco: pues mi memoria insensata le olvidó:

hace tiempo que mi lengua no murmura una oración, y antes de orar, la sacrilega al paladar se pegó.

—¿Tu corazón está triste, sin un recuerdo de amor?

—¡Recuerdos!... ¡ay! los recuerdos son ruinas del corazón.

—La esperanza...

—¡La esperanza!

sin un eco... es una voz.

Por el camino sin límites que errante transito yo, mis lágrimas y sonrisas indiferentes me son.

—¡Pobre del alma que llora! y que llora sin dolor!

—¿Cuál es tu patria?

—Mi patria

es nómada como yo:

es el pedazo de tierra

que mi sueño protegió,

es el espacio de cielo

que me prestó pabellón,

y que ya brille inflamado

por los reflejos del sol,

ya le empañe torva nube

de macilento color,

cuando me ausento le digo,

adios, patria mia, adios;

te abandono para siempre

sin cólera y sin amor.

—¡Pobre niño que no abrigas

ni un pesar, ni una ilusión.

Tal vez un sueño de gloria

tu ardiente pecho inflamó.

—¡Verdad!... por esa aureola,

por esa pálida flor,

cuyo perfume me embriaga

me devora una pasión.

¿Qué es el amor? El vacío

á quien un nombre se dió.

Y la esperanza es un cielo;

mas donde no alumbró el sol,

con un ángel solitario

que es emblema del dolor.

Pero la gloria es un astro

que la nube no empañó;

es cual ala fugitiva

de un ángel consolador,

y la que conduce al genio

á través del aquí!on;

es esa página ardiente

que desde el cielo cayó,

y en la cual solo el poeta

ve escrito el nombre de Dios.

—Bendice ese último sueño

que en tu pecho se grabó;

porque los sueños de gloria

son *fé, esperanza y amor.*

LUIS BARREDA.

LA EDAD MEDIA.

LOS TORNEOS.

Pasaron ya aquellos tiempos semi-bárbaros, en que para hacer alarde de valor y lograr preferencia y aplauso entre las damas, recibían nuestros bisabuelos sendos mandobles y derramaban su sangre en lo que ellos llamaban fiesta ó *torneo*, y que no era mas que un peligroso y verdadero combate entre muchos caballeros, y á que concurrían con particular gusto y contento las mismas damas, que acaso poco antes temblaron á la vista de un acero desnudo, ó de una pesada maza de armas. En el inmenso panteón de lo pasado quedaron también en olvido *las justas*, y los menos peligrosos *juegos de cañas*; y con los torneos, justas y juegos de cañas, cedió el valor individual, y no vió mas la corte ni las principales ciudades de España la marcial magnificencia, ni el suntuoso aparato que desplegaban los antiguos en aquellas fiestas, para cuyo esplendor no se perdonaba medio ni gasto alguno; pues hubo torneo, y mencionan algunos nuestras crónicas, en que no contentos con la suntuosidad que pudieran prestar los caballeros naturales de estos reinos, enviaban los monarcas y los combatientes, multitud de heraldos altivos con carteles de desafío á lejanos y diversos países, para que hasta los paladines extraños pudieran dar fé de la hermosura de las damas españolas, y del arrojo y valentía de los que se proclamaban sus esclavos.

A unos siglos guerreros y llenos de costumbres arriesgadas, sucedieron otros en que reina la calma y el egoísmo, y cuando hoy día se turba la paz en las naciones llegando á las manos los descontentos, es de un modo tan peligroso para el valiente como para el pusilánime, pues la pólvora iguala todas las fuerzas, y es inútil que la juventud adquiera la sola pujanza del brazo. Siglos hace ya por lo mismo, que no se admira el fastuoso aparato de un verdadero torneo, pues además de haber cambiado los usos, las creencias y las necesidades de los pueblos, civilizándose las costumbres, costaba á veces demasiado cara la fama que adquirirían los torneantes y la alegría de los espectadores, pues desde Manuel Comeno, emperador de Constantinopla, en cuyo tiempo se cree comenzaron estas peligrosas fiestas, fueron tantas las vicisitudes que ocasionaron, y de tanta consideración algunas de ellas, que poco á poco se olvidaron y aun prohibieron por leyes civiles y eclesiásticas. Sabido es el funesto accidente de Enrique II, rey de Francia muerto en uno de estos combates en 1159, y también son sabidas las desgracias ocurridas en las justas de Valladolid del año 1440, reinando don Juan II, y en las que dió en la misma ciudad el emperador Carlos V, el año de 1548, en que de cincuenta justadores murieron siete, según la relación del cronista Pedro Mejía. Pero no podemos convenir en que las fiestas que de vez en cuando se dan en nuestros días, imitando de un modo nada peligroso los torneos antiguos (1), merezcan la es-

(1) Se diferenciaban tan solo los torneos de las justas en que en aquellos se combatía por escuadrones, y en estas el combate era singular entre dos combatientes. No siempre se usaban armas peligrosas, sino alguna vez *palos*, que se arrojaban mutuamente los torneantes como una especie de lanzas de mano, y cuyo golpe paraban con sus adargas ó rodela: De aquí provino el

pecial mención que aquellos, pues no son mas que una especie de *carrodeles*, en que ocupan el principal lugar los ridiculos y de malísimo gusto carros triunfales y carrozas que sustentan falsas deidades, como Venus, la reina de la hermosura, las tres gracias, y otros asuntos por el estilo, que ni jamás existieron en los torneos antiguos ocupando el lugar que se les da en los modernos, ni demuestran nunca otra cosa mas que mucho gasto, y una gran falta en escoger otros medios y combinaciones de suertes diversas entre los justadores. No pretendemos por esto que se renueven los peligros de aquellas fiestas bárbaras: muy lejos estamos de hacer semejante proposición, pero los torneos que se celebrarán hoy día podían presentar mucha novedad y sumo agrado sin hacer uso de los citados objetos, que repetimos prueban solo un gasto enorme, y un gusto estragado en materia de fiestas populares, y aun relativamente al conocimiento de los usos y costumbres de la antigüedad. Para dar pues, una muestra del gusto, magnificencia y aparato que se desplegaban en otros tiempos para tales ocasiones, describiremos brevemente en qué consistían los torneos de nuestros bisabuelos, y concluiremos este artículo intercalando un trozo de la carta del bachiller Fernan Gomez de Cibdad Real por lo original de las justas que describe, y que podrían muy bien imitarse en nuestros días en cuanto á la parte de decoracion ú ornato accesorio á la fiesta y sobre el que se encuentra gran variedad en las crónicas y autores antiguos.

Determinada la fiesta del *torneo* por el monarca ó por algun magnate que la costeara, se señalaba día y se formaba el palenque en alguna plaza pública ó sitio á propósito que la figuraba, cerrándolo con fuertes ballas ó barreras, elevando diversas graderías y tablados adornados ricamente, que debían ocupar los reyes, los príncipes, las personas mas distinguidas, y los caballeros ancianos que por su valor y esperiencia en estos y otros combates, gozaban de mucha fama, y habían adquirido el honroso título de jueces del *torneo*. Unos cuantos días antes, los caballeros admitidos á la fiesta presentaban los escudos de sus armas en un parage público para que fuesen vistos de todas las gentes, y un rey de armas daba noticia de sus dueños, sobre todo á las damas que eran las mas ansiosas en ir á examinarlos, porque tenían la singular prerogativa que había concedido la gran consideracion que se tenía en aquel tiempo al sexo débil, de tocar con la mano el escudo del caballero que las hubiese ofendido de cualquier manera, y designarle á los jueces que le castigaban irremisiblemente. «Para esto se informaban del hecho, y probado, se castigaba al caballero en el día que se presentaban en la lid con una infinidad de golpes de lanza que todos los otros caballeros combatientes (sin embargo de las leyes del *torneo* que prohibían á dos ó mas juntos pelear contra uno solo), descargaban sobre él para castigar su temeridad, y para enseñarle á respetar las leyes de los caballeros y el honor de las mugeres; y ningún asilo tenía el caballero que caía en esta desgracia, mas que el gritar y pedir favor á las damas que concurrían á es-

te espectáculo, las que pidiendo con voces ó con ademanes á favor del delincuente, era inmediatamente absuelto.» Pero esto no sucedía muy comunmente, pues estas faltas al honor y á la hidalguia procuraba vengarlas algun otro caballero afecto á la dama desairada, y de aqui aquellos encuentros y combates parciales que terminaban con la muerte de alguno de los torneantes, y que se atribuía á la casualidad en medio del tumulto, confusion y estruendo que resultaba muy á menudo de los torneos en que justaban muchos caballeros, pareciendo mas que fiesta, un verdadero campo de batalla. La vispera del torneo corrían alguna vez los pajes y criados de los caballeros una especie de justa que llamaban *prueba ó ensayo*, y que á pesar de servirse de armas no tan pesadas y fuertes como las de sus amos, se herían y maltrataban de manera que casi nunca dejaba de correr la sangre en abundancia. El día del torneo, ocupaban todos los convidados sus respectivos puestos, y eran muchos los reyes de armas, farantes y preservantes y otros oficiales que discurrían por todas partes, con los ojos fijos sobre los combatientes, por si empezando el combate dejaban de observar las reglas de la caballeria, llevando cuenta y razon de los golpes que mutuamente se daban y recibían los torneantes. Estos entraban en el palenque, seguido cada uno de un magnifico séquito y aparato, y puestos por lo regular en escuadrones se embestían unos á otros, figurando diversas parejas, traveses y otras invenciones raras de escaramuzas, de cuyo conjunto resultaba confusion y choques diversos entre los caballos y sus ginetes, espuestos por lo mismo á graves riesgos. Si á esto se añade el ruido armonioso de diferentes instrumentos marciales, los aplausos de los espectadores, y multitud de pajes, volantes y mozos de espuela, que vestidos con diversos y raros trages, asistian por todos lados á los mismos combatientes, ya á entregarles nuevas armas, ya á tomar las rotas y deshechas; junto con la preciosidad y riqueza de los arneses de caballeros y caballos, y alegre variedad de colores en las vistosas telas de los catafalcos, tiendas de campaña, flámulas y banderolas; se conocerá que formaban aquellas fiestas el espectáculo mas serio, rico y grandioso que puede admirarse.

Algunas veces el espíritu caballeresco de aquellos siglos hacia que los campeones dejasen llevarse al palenque atados con cadenas por las damas mismas que eran las dueñas de su corazón, y que les quitaban así que iba á principiarse el combate, no sin gloriarse cada torneante de ser su esclavo, y publicarlo en alta voz retando á los demas combatientes. Y para favorecerle y animarle en la pelea, daba la dama á su caballero alguna de las prendas que la adornaban, la que era colocada en la punta de la pica ó lanza, y renovada por otra, caso de ser perdida la primera; y en cambio de tanta fineza acostumbraban los vencedores enviar á sus damas los caballeros rendidos en el combate, para que dispusieran de ellos á su arbitrio. Porque fué tanto el respeto y sumision que supieron arrogarse las damas en aquellos remotos tiempos, que hasta merecieron el título de soberanas del *torneo*; y concluida la funcion acostumbraban ellas mismas á distribuir los premios por diversos títulos ó motivos á los campeones, segun hubiesen quebrado estos mayor número de lanzas, ó hubiesen cabalgado con mas gracia, firmeza y gallardía, y hayan tenido mas

tiempo el rostro sin haber levantado la visera; que estas y otras, como no herirse de punta, ni maltratar los caballos, ni darse lanzadas en ciertas partes del cuerpo, eran las reglas de los torneos, sobre las que decidían los jueces.

Nos quedan todavía varios reglamentos de las justas y torneos de aquellas épocas, y de la lectura de varias antiguas descripciones de tales fiestas, se deduce la gran estima en que se tenía la recta observancia de las leyes de la antigua caballeria, y las diversas invenciones y paramentos con que se adornaban las plazas ó sitios públicos donde se celebraban tan magnificas funciones.

A principios del siglo XV, el bachiller Fernan Gomez de Cibdad Real, esplica del modo siguiente las fiestas que se hicieron en Valladolid (1428) para festejar á la infanta doña Leonor, el rey, el infante y todos los magnates á porfia puesto que iba á casarse á Portugal. «La primera fiesta fué el torneo de cincuenta por cincuenta en la plaza: é en cada cabo de ella había dos torres con todos sus amaños de guerra, que con ser de madera é lienzo pintado, semejava que fuesen de piedra berroqueña: é junto á ellas había tiendas bien adobadas é apuestas sobrecubiertas de telas de sedas de muy varios visos, é dellas salían los caballeros al llamado de los aventureros; que en llegando á la puerta de las torres tiraban sus palafreneros de la campana quen cada torre había, é daban tantos golpes con el badajo como querían en señal que para tantas lanzas desafiaban al mantenedor daquela torre. La primera torre era del infante don Enrique, que con grande apostura é con grande amaestramiento del cabalgar de la brida enmostro toda la tarde. En esta justa pasó una mala ventura, cadió un desemejable encuentro á Gutierre de Sandoval, de que otro día murió, Alfonso de Urrea, que muy diestro de este arte es, é por eso le llaman en Aragon el justador: é viéndolo Alonso de Urrea caído é ferido, é como conoció que era Gutierre de Sandoval, que no lo conociera de primero, é era su muy amigo, é justaban muy á menudo por su placer, é otros con ellos, se apeó é lo metió en su tienda, é mas no justó de angustia grande que ovo. Despues de esta justa, el infante fiz una gran sala é fabla al rey de Navarra, é á la reina doña Blanca, é á la infanta doña Leonor, é á sus hermanas, é á su muger, é al príncipe, é á todos los grandes. En un cabo los dos reyes, é las reinas, é infantas é dueñas de porte que fueron á ver la fiesta; é en otro cabo el príncipe, é el infante, é los grandes é caballeros extranjeros é naturales: é á todos dió el infante dádivas asaz cumplidas, é al príncipe un cogote (1) de airones el mas cumplido que se ha visto: é se fizó despues un yantar (2) tan cumplido á menestres é palafreneros, que yantaban trescientos. É diz que gastó el infante ende nueve mil florines.»

«El otro día el rey de Navarra fizó su

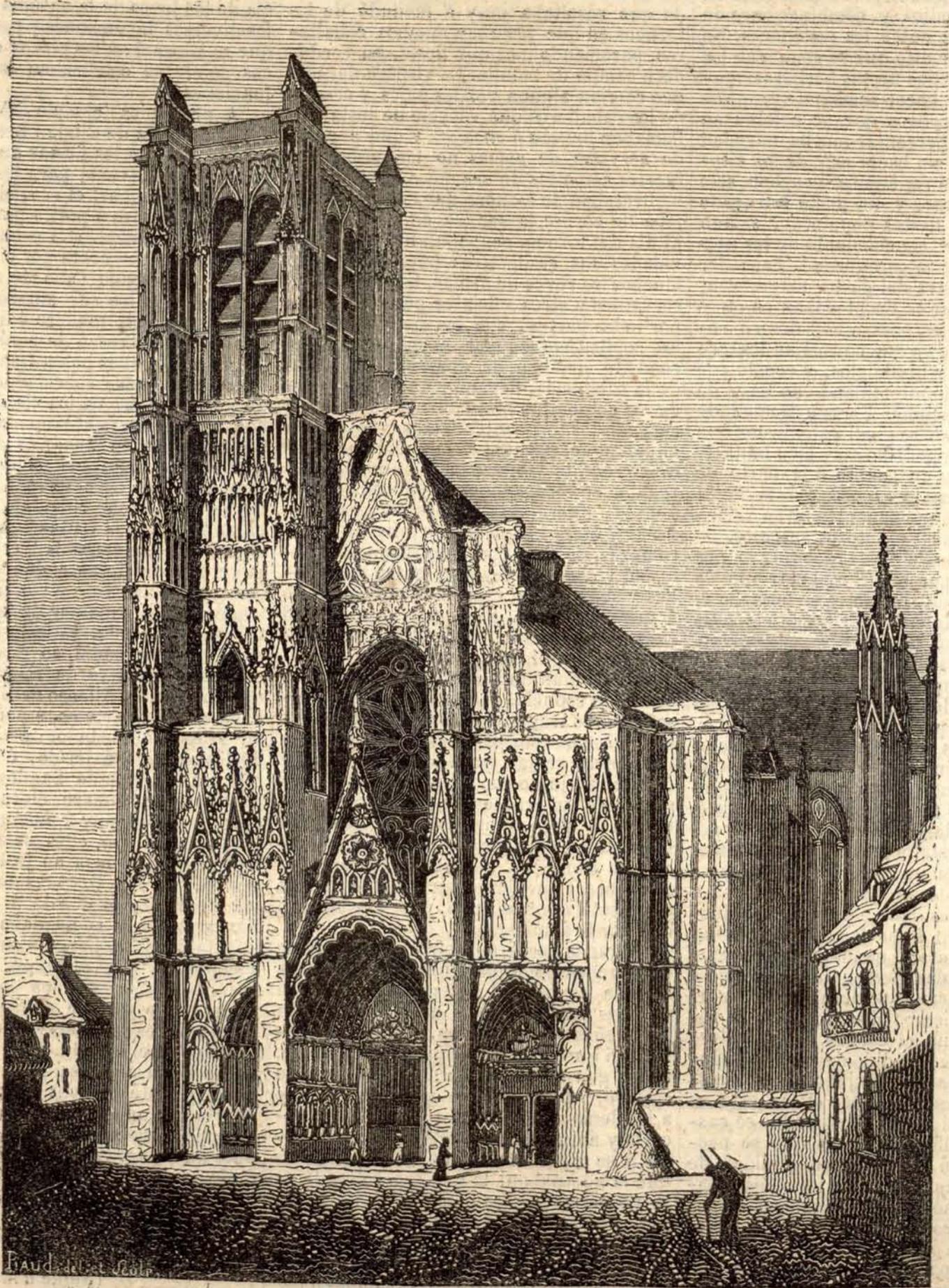
(Sigue á la página 38.)

(1) Aqui se entiende por *cogote* el penacho hecho para colocarle en la parte superior del casco que cubre aquella de la cabeza, que recibe igual nombre por estar entre el cerebro y la nuca. Pero no siempre *cogote de airones* significaba penacho de plumas de aquella ave, especie de garza, llamada *airon*, sino que podía ser de otras plumas con tal que estuviesen pendientes ú ondeantes.

(2) *Yantar*: v. a. ant. comer. — *Yantar*: s. m. *manjar ó vianda*. (Diccionario de la Academia Española. Sexta edicion. Madrid, 1822.)

ejercicio de las corridas ó *juegos de cañas*, que estuvieron muy en uso durante los reinados de los Felipes II, III y IV. Muchas veces se aumentaron tambien los peligros, combatiendo por peletones los caballeros justadores con sumo riesgo de sus vidas, armados de espadas, picas y lanzas.

GEOGRAFÍA PINTORESCA.--FRANCIA.

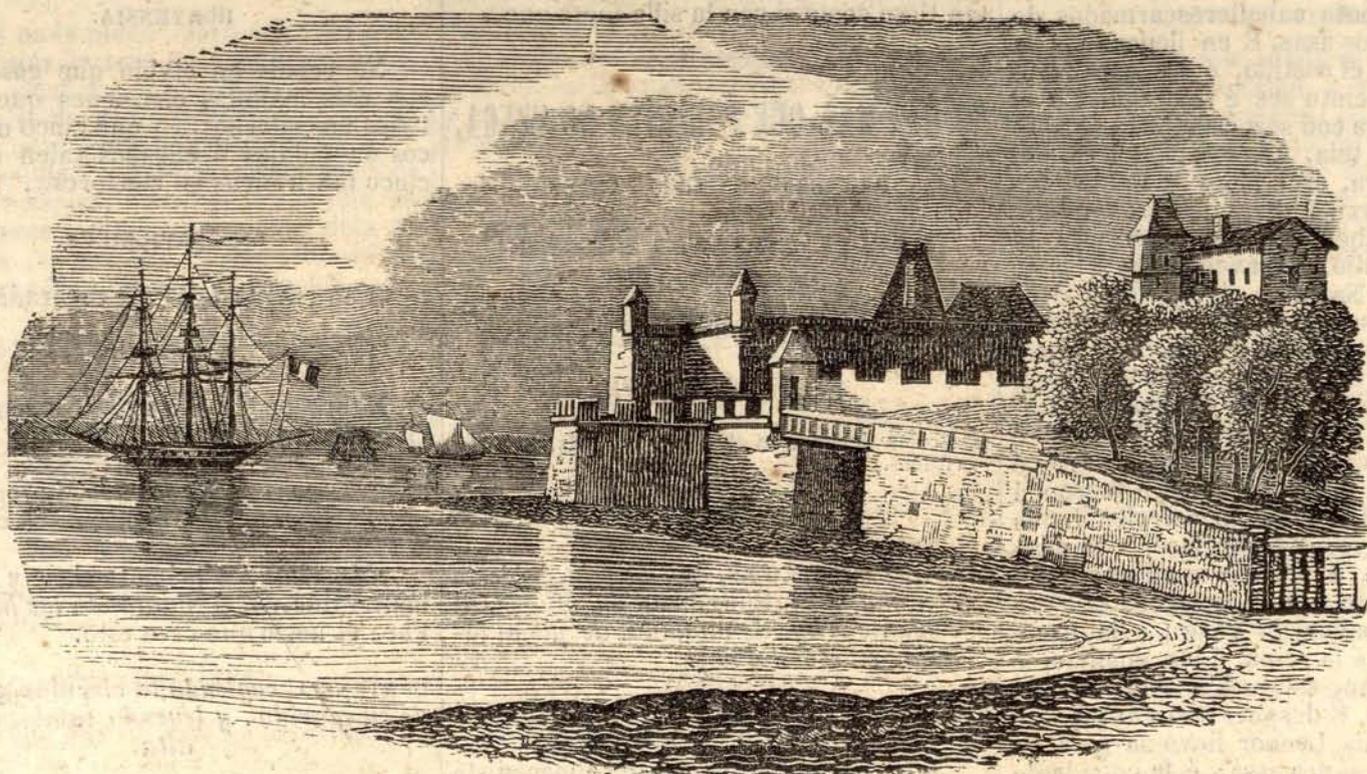


LA CATEDRAL DE AUXERRE.—Su puerta principal, lo mismo que en otras muchas iglesias llamadas góticas, está adornada con una multitud de figuras é imágenes sagradas. El interior del templo es imponente por su sombría magestad, y las vidrieras brillan con sus vivísimos colores, cuando los rayos del sol dan sobre ellas,

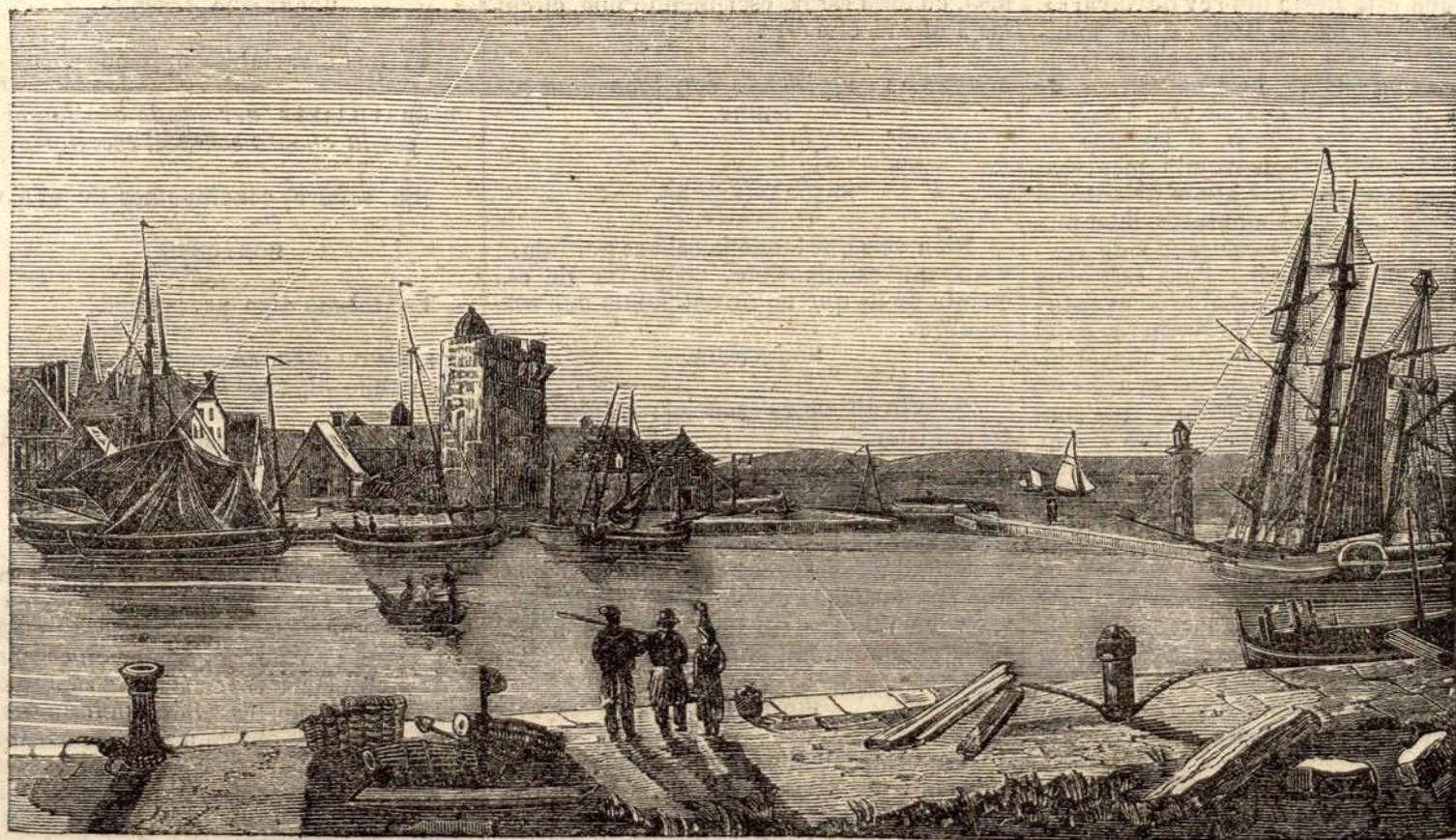
y dejan ver toda su hermosura. Hay en esta iglesia un tesoro mas interesante que el mismo edificio para los aficionados á la buena literatura y á las antigüedades: tal es el magnífico sepulcro, sobre el cual descansa la estatua de mármol, tan admirable por la soltura de sus ropages, como por la bella espresion del rostro. Es la efi-

gie de Aymont el que tan sencillas traducciones ha dejado de las *Vidas célebres de Plutarco*, y de las obras de otros varios escritores griegos.

Otros monumentos existen en la catedral de Auxerre, pero ninguno inspira tanto interés como el primero de que hemos hablado.



EL CASTILLO DE BLAGE. — Situado en una especie de isleta. Ha sido residencia de varios hombres célebres y prision de un rey de Inglaterra.



HONFLEUR.—Ciudad y puerto marítimo del departamento de Calvados, está situada entre la costa de *Vassal* y la de *Grâces*, en la ribera izquierda del Sena. Según varios historiadores parece que en los tiempos medios ocupaba un lugar distinguido entre los puertos de la provincia, por cuanto en el reinado de Francisco I,

poseía ya un castillo, cuyos muros y puertas estaban protegidos por algunos baluartes de que aun subsisten vestigios. Semjante aparato militar la hacia digna de algun interés, y si se tiene en cuenta, que en dicha época el Havre se hallaba en estado de nulidad, se verá que Honfleur era el único punto de defensa de la desembo-

cadura del Sena, en el caso de que se presentasen flotas enemigas.

Ciertos cronistas hacen remontar el origen de Honfleur á los tiempos de Julio César, y otros atribuyen su fundacion á un capitán de aventureros que rescataba los buques que por allí navegaban.

fiesta. Mandó hacer un castillo tan ancho é tan alto que cabia el rey dentro cabalgando é armado é lleno de plumages é guarnimientos su señoría y el caballo, que era muy poderoso: é delante de su señoría eran cuarenta caballeros armados de arneses fabidos asaz. E en llegando á la plaza se abrió el castillo, é los caballeros se partieron veinte acá é veinte allá: é el rey de Navarra con seis caballeros se puso á mantener la tela. Los seis caballeros del rey de Navarra, eran Mons de Falces, Berenguel Bardaxi, Pierres de Peralta, Juan de Luna, Rocaberti é mosen de Abarca. El condestable salió por aventurero é justó con el rey de Navarra, é seguíanle doce caballeros de su casa, conviene á saber, Juan de Silva, Alonso Perez de Vargas, Inestrosa, Garcí Fernandez Portocarrero, Lope Alvarado, Pantoja, Francisco Carabajal, é otros que non supé sus linages: é fué justa sin aciado. E á la noche el rey é todos los de la fiesta del infante fueron á San Pablo, á donde en un corralon habia el rey de Navarra fecho hacer una gran sala de estado, é alli con mucha órden é concierto fueron á las mesas: é la sala era cubierta de paños de valor; é la parte donde el rey, é la reina, é las infantas, é el príncipe eran, estaba bien cubierta de finos brocados. E despues ovo danzas... é la infanta doña Leonor llevó la gala de bien apuesta é graciosa: é la cuñada de vuestra merced (4) rogó con mucho placer de todas al arzobispo de Lisboa que bailase con su merced una zambra. Este arzobispo es don Fernán de Castro, nieto del rey don Enrique el viejo: é se escusó con buena cortesania, é dijo que si sopiera que tan apuesta señora le habia de llamar á baile, non tragera tan lengua vestidura.»

«Pasada esta fiesta del rey de Navarra, el rey don Juan fizo su fiesta, é fué mantenedor de la justa, é se apareció en traje de montero en pos de doce caballeros de la misma manera trageados, es á saber, con venablos en las manos, é bocinas en las espaldas: é llevaban treinta monteros de á pie un leon furiente atado delante, é un oso disforme: é los monteros iban pulidamente ataviados de colorado é de verde, é llevaban por igual... Para esta justa eran señalados veinte caballeros aventureros de la casa del rey de Navarra, é del infante. Ruy Diaz de Mendoza; mayordomo mayor del rey, fiz justa con su señoría, é el rey quebró en su armadura tres lanzas: é desquel rey se apeó envió á Ruy Diaz el caballo en que habia fecho la justa, quera muy fermoso é paramentado de muy fino brocado carmesí con cortapisas de cebellinas, en que asaz hay para hacer un par de capotes. E á la noche se yantó é bailó como en las otras: é el rey mandó á Ruy Diaz de Mendoza que fuese muy cumplida la sala, é que se ficiese otro yantar en la calle del rey á todos los peones forasteros, é de las casas del rey, é del rey de Navarra, é del infante, é de los otros grandes.»

«En pos desta fiesta el condestable fiz la suya, que fué un torneo de cincuenta por cincuenta caballeros, los unos blancos, é los otros colorados, que asemejó mas á batalla que alegrías: é las acometidas que unos ficieron á los otros dieron gran contentamiento á todos, ca fueron como de muy certeros. Caidos fueron dos criados del condestable, Zayas, é Finestrosa, é Alonso de Stúñiga, fijo de Fernan Lopez,

(4) Escribia: A la muy magnífica é virtuosa doña Breanda de Luna. (Epistola 46.)

que le destriparon el caballo, é luego cabalgó en otro. El condestable llevó la loa de ardido, é andó acá y allá del torneo, é mostró que le habia mostrado bien el Bohemio el cabalgar á la brida, porque andó tan tieso como si con la silla fuera uno.»

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

PROVERBIO EN TRES PARTES

POR M. EUGENIO SCRIBE.

(Continuacion.)

SEGUNDA PARTE.

(Dos dias despues en el gabinete de Mr. Desgravilliers.)

ESCENA I.

MR. DESGRAVILLIERS, escribiendo, cubierto con una bata. HORTENSIA su muger, en elegante traje de mañana, de pie al lado de su escritorio.)

HORTENSIA, con un papel en la mano.

Mil ochocientos francos del almacenista de modas... doscientos de Mr. Vetwer, mi perfumista... y cien luises de la modista... total... (A Desgravilliers que tiembla.) Esta palabra os produce siempre ataques de nervios.

DESGRAVILLIERS.

Ya se vé... venis á hablarme de guarismos, cuando estoy escribiendo una circular á mis electores...

HORTENSIA, repitiendo con tono mas solemne.

¡Total!...

DESGRAVILLIERS.

Bien veis que tengo la cabeza perdida... y que me es imposible, ocuparme de esa cuenta de la que no he entendido una sola palabra.

HORTENSIA.

Solo lo último es esencial: total... cinco mil francos.

DESGRAVILLIERS, levantando la cabeza con indignacion.

¡Cinco mil francos! ¡Permitidme hacer una observacion! mil ochocientos, doscientos y cien luises, no han formado nunca mas que cuatro mil cuatrocientos...

HORTENSIA.

Ya veis, caballero, que habeis mentido antes... y ese es un proceder indigno, tratándose de vuestra muger.

DESGRAVILLIERS.

¡Pero señora!

HORTENSIA.

Y aunque no sea mas que por castigar vuestra indiscrecion y vuestra mala fé, me niego á rebajar nada de los cinco mil francos, que vais á pagar inmediatamente.

DESGRAVILLIERS.

¡Pagar cuando estoy entregado del todo á mi circular!

HORTENSIA.

No echeis en olvido que gastais mas con esas malditas elecciones que yo con todos mis adornos... y que cinco mil francos en halajas ó encages valen mas que cinco mil francos en electores...

DESGRAVILLIERS.

¡Una cuenta falsa y exagerada!

HORTENSIA.

Nunca podrá serlo tanto como vuestra circular.

DESGRAVILLIERS, cogiendo la cuenta de manos de su muger, y leyendo en alta voz.

«Muselina de primera clase y de color inalterable...» (Levantando los hombros.) Para el necio que crea esto.

HORTENSIA, cogiendo la circular de manos de su marido, y leyendo tambien en voz alta.

«Mis patrióticos sentimientos, mi constante abnegacion en favor de la Francia...» (Encojiéndose de hombros.) Para el tonto que crea estotro.

DESGRAVILLIERS, leyendo.

«Tafetan azul, y glasé atornasolado.»

HORTENSIA, leyendo.

«Y mis invariables opiniones...»

DESGRAVILLIERS, arrojando con impaciencia la cuenta sobre el escritorio.

¡Ea, señora, concluyamos de una vez.

HORTENSIA.

Eso mismo digo yo, ¡pagad!

DESGRAVILLIERS, abriendo su caja y sacando algunos billetes de banco.

Y puesto que es asi como debemos terminar siempre...

HORTENSIA, cogiendo los billetes.

Valdria mas empezar por ahi. Es exacto. A decir verdad no alcanzo á comprender por qué siendo tales cuales son vuestra fortuna y vuestra posicion en el mundo, teneis un placer especial en proporcionarnos tantos disgustos. (Indicando la circular.) ¿Quién os obliga á mezclarlos en esas bolinas?

DESGRAVILLIERS.

Ya veo, si otras pruebas no tuviera, que maldito lo que entendeis de asuntos de estado... ¿Pues á quién que no sea á las personas opulentas, corresponde defender la propiedad?

HORTENSIA.

Convengo, pero oidme un momento. En la época de la restauracion os hicisteis diputado legitimista; este al fin era un estado como cualquier otro...

DESGRAVILLIERS.

¡Que por cierto daba mucho de sí!

HORTENSIA.

¡Bien! no lo niego; pero una vez perdido, parecía lo mas natural permanecer tranquilo y callar... ¿Y qué fué lo que hicisteis? ¡No dejar de remover las piedras hasta que os nombraron par de Francia! Y en la actualidad ¿cuál es vuestra línea de conducta? Aspirar á ocupar un puesto en la representación nacional, poniéndola en las nubes en voz alta, y haciéndoos lenguas en voz baja de sus adversarios.

DESGRAVILLIERS, *con noble altanería.*

Mis nuevas convicciones no bastan á hacerme olvidar un solo instante las antiguas... Demasiado bien sabeis que últimamente estuve en Wiesbaden...

HORTENSIA.

Si, pasando por Claremont, y volviendo á la montaña.

DESGRAVILLIERS.

Observad que ha sido de incógnito.

HORTENSIA.

Pero en fin, si fuérais nombrado ¿por quién votaríais? (*Desgravilliers da vueltas á su caja de tabaco, y permanece callado.*) ¿Por la rama primogénita?

DESGRAVILLIERS.

¡No!

HORTENSIA.

¿Por la rama segunda?

DESGRAVILLIERS.

¡No!

HORTENSIA, *con indignación.*

Sin duda votaríais por la república democrática y social...

DESGRAVILLIERS.

¡Silencio!

HORTENSIA.

Teniendo como teneis casas, rentas....

DESGRAVILLIERS.

¡Silencio!

HORTENSIA.

Inmensas propiedades que conservar...

DESGRAVILLIERS, *á media voz.*

¡Por eso mismo lo hago!... Si llegan á vencer las gentes honradas no tengo nada que temer de ellas; pero si por el contrario triunfan los otros... la cosa varía completamente de aspecto, y por eso pago adelantada su amistad, como se paga una compañía de seguros de incendios... No soy yo solo; todos los grandes genios hacen lo mismo... Procuran ser nombrados por los conservadores, y una vez elegidos, votan con sus adversarios.

HORTENSIA.

Pero ¿y la estimación de las personas honradas?

DESGRAVILLIERS.

¡Bah! ¡Las personas honradas! ¡Son tan olvidadizas ó tan indiferentes!... Además que ya procuraré yo arreglarlo... explicarlo todo en mis memorias que tengo vendidas en la actualidad, y que formarán una verdadera especulación de *Ultra-Tumba*, en las que no hablaré sino de mí, y en las que tendré como Mr. de Chateaubriand...

HORTENSIA.

El valor póstumo de atacar á los superviventes.

DESGRAVILLIERS.

¡Eso prueba prudencia, eso prueba alta política!

HORTENSIA.

¡Eso prueba miedo!

DESGRAVILLIERS, *con aire de soberano desprecio.*

Sea como queráis: los hombres de Estado no disputan jamás sobre las palabras.

HORTENSIA.

Sin embargo, caballero....

DESGRAVILLIERS, *encogiéndose de hombros.*

No hay nada mas absurdo que las mugeres, cuando quieren entrometerse en lo que no les interesa.

HORTENSIA.

Estais en un error. Eso nos interesa mucho tanto á mí como á Camila vuestra pupila. En vez de bailes, conciertos y reuniones agradables, tenemos sociedades políticas. Mi salon es un comité permanente donde en vez de cantar y tocar el piano, se presentan proposiciones y se confeccionan proyectos de ley. Hasta mi mismo tocador, gracias á las gentes que recibís sin apiadaros de mis alfombras, llegaría á convertirse en un verdadero club... si yo no cuidase de poner orden y de tomar las oportunas medidas....

DESGRAVILLIERS.

¡Pues! pero en cambio admitís en él con gusto á todos los elegantes de la ciudad, á todos esos que bailan *redowas*, que suspiran y ponen los ojos tiernos al *enjugar* con las notas de un nocturno, y de los que á escepcion del vizconde Eduardo de Comnénes (mi verdadero amigo, mi segundo yo, con quien siempre estais disputando, y á quien no podeis sufrir sin duda por esa circunstancia), no encuentro uno solo que no pertenezca al número de vuestros adoradores declarados.

HORTENSIA, *sonriendo.*

¿Os disgusta eso?

DESGRAVILLIERS, *encogiéndose de hombros.*

¿A mí? ¡Y qué me importa!... ¡Si supiérais cuán superior es á todas esas simpezas el verdadero hombre de Estado! ¿Me opongo acaso á vuestra coquetería con tal que no me pongais trabas á vuestra carrera política? ¿Reparo siquiera en ello? Mas aun, ¿tengo por ventura tiempo para reparar?... De lo que si me conduelo es

del poco tacto que manifestais en la elección de vuestros caballeros serventes....

HORTENSIA.

¿De veras?

DESGRAVILLIERS.

Y digo para mis adentros que si os mereciese alguna afección ó cuando menos algunas consideraciones, no escuchareis, como en la actualidad haceis, á todos esos estudiantuelos que acaban de salir del colegio... á todos esos mocosos de diez y ocho á veinte años... (*Con ira.*) ¡Todavía no he visto entre ellos un solo hombre formal... un solo elector!

HORTENSIA.

Comprendo... es decir que si acogiese los galanteos de personas de edad y que gozaran de derechos electorales, de sujetos influyentes y que dispusieran de muchos votos...

DESGRAVILLIERS.

Seria mucho mas conveniente... y daría por lo menos algun resultado...

HORTENSIA, *riendo.*

¡Admirable!... Por manera que si sucediera una desgracia... no vacilaríais, según el sistema de vuestro amigo el vizconde, en traer á colación el antiguo adagio de *no hay mal que por bien no venga.*

DESGRAVILLIERS.

¡Señora!... ¿quién os habla de eso?

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES *y un criado con librea.*
CRIADO, *anunciando.*

Mlle. Indiana, modista de la señora...

HORTENSIA, *con viveza.*

Bien... me trae sin duda á probar un vestido nuevo.

CRIADO.

Y Mr. Rouget, colono del señor...

HORTENSIA.

¡Valiente bestia! Muy exacto en pagar sus arrendamientos antes... y que, desde hace al un tiempo, no tiene nunca dinero.

DESGRAVILLIERS.

En cambio profesa opiniones... útiles...

HORTENSIA.

Todavía continuais hablando de política... ¡Vaya! os dejo, sois incorregible. (*Sale.*)

DESGRAVILLIERS, *al criado.*

Anunciad á mi pupila, la señorita de Solanges, que desearia hablarla. (*Con viveza.*) No, no, haced entrar antes á monsieur Rouget, y que nadie venga á interrumpirnos. (*Saliendo al encuentro de Rouget, á quien da la mano.*) Dichosos los ojos que os ven, querido Rouget... (*Llamando al criado.*) Esteban, coloca un sillón para Mr. Rouget al lado de la chimenea y déjanos solos.

(*Se continuará.*)

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

1.^a Algunos suscritores y corresponsales, aunque en corto número, han tenido la duda de si los que han adelantado alguna cantidad para ser suscritores á la *Biblioteca*, tienen derecho á recibir el *ALBUM PINTORESCO*, aun cuando no hayan elegido obras; á esta duda contestamos, que los que se hallan en este caso, no tienen opción á los números del periódico. El *Album* solo lo reciben los suscritores capitalistas, mientras tienen impuesto su capital en la empresa y los de obras en tanto que reciben alguna de las que estén en publicación. Lo contrario desvirtuaría el objeto del periódico y daría lugar á abusos perjudiciales á nuestros intereses; así pues, en esta parte no habrá indulgencia para nadie. Los primeros números del *Album* se han distribuido á todos para darlo á conocer, pero desde el presente en adelante no se enviará sino á los que deban recibirlo con arreglo á las bases que quedan establecidas, y esto con tanto mas motivo cuanto que habiéndose agotado toda la edición de los números de abril, nos vemos obligados á hacer una nueva tirada de ellos, lo cual nos ocasiona todos los perjuicios que pueden imaginarse, considerando que es una publicación que damos gratis.

2.^a Habiendo terminado el plazo para recibir suscripciones á la BIBLIOTECA ESPAÑOLA, con opción al regalo que tenemos ofrecido, y consiste en un ejemplar del *Compendio del Diccionario nacional de la lengua española*, por Dominguez, se previene á los señores corresponsales, que no admitan suscripciones en este concepto, porque no serán atendidas. De hoy en adelante, el que quiera el *Diccionario* habrá de pagar su importe á los precios que se señalan en el anuncio que mas abajo insertamos. Y á propósito de esta obra, debemos añadir

que con objeto de que sea tan completa como requiere su importancia, en vez de uno, tendrá dos tomos; y en vez de 1,200 á 1,600 columnas, pasará de 3,000; esto no obstante, los suscritores que han adelantado el importe de 40 entregas de la BIBLIOTECA, lo recibirán gratis como se ofreció, solo que la impresión se retardará algo mas; sin embargo, el tomo primero, que terminará muy pronto, se repartirá en seguida, y el segundo en todo el mes de junio. Suponemos que se nos perdonará voluntariamente el retraso en gracia del aumento de un doble mas de lo ofrecido que vamos á dar.

3.^a Algunos suscritores han reclamado porque la entrega cuarta de la *Historia de Cien años* solo tiene cuatro pliegos, siendo así que las anteriores tuvieron cinco. Para evitar reclamaciones de este género, de ahora para siempre declaramos, que el número de páginas que se marca á las entregas, es solo para que sirva de base, de ningun modo para atenernos á ellas estrictamente, porque esto no es posible; lo que el suscriptor debe de tomar en cuenta, es si al final de una obra se le ha cumplido lo que se le ofreció, y no las paginas de las entregas intermedias, porque si una tiene de menos, otra tendrá de mas. Esto depende de mil causas inevitables, y tanta mas libertad tengamos para obrar, tanto mas fácil nos será cumplir nuestros compromisos. Lo dicho en cuanto al número de páginas de las entregas, es aplicable al número de entregas de las obras; al fijarlas en un anuncio ó prospecto, no puede hacerse mas que aproximadamente, y unas veces resultarán mas y otras menos. Ahora mismo sucede que, habiendo dicho que la *Casa Blanca* haría cinco entregas, resulta no tener mas que cuatro, y en otra sucederá lo contrario; pero como el suscriptor no paga mas entregas que las que recibe, ni para él ni para la empresa hay perjuicio en estas equivocaciones de cálculo.

OBRAS EN PUBLICACION.

4.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantá, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se han repartido 4 entregas y está en prensa la 5.^a

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Frances-Español* y vice versa, por Dominguez; segunda edición corregida y aumentada. Se han repartido 4 entregas y está en prensa la 5.^a

3.^a SECCION. *La Casa Blanca*, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Se ha repartido la 4.^a y última entrega. A esta novela seguirá:

ESCENAS DE LA VIDA DE LOS ANIMALES.

LOS ANIMALES PINTADOS POR ELLOS MISMOS

Y DIBUJADOS POR OTRO.

Esta obra, cuya primera edición se hizo en 1844, y se agotó en seguida á pesar de que costó 70 reales el ejemplar, es una crítica de costumbres políticas y sociales, en que se halla reunido el interés á la sátira. En la edición que ofrecemos hemos procurado que desaparezca todo lo que pudiera darle carácter de actualidad, y hemos hecho algunas correcciones importantes. Su volumen no excederá de dos á tres entregas con 33 grabados, de modo que saldrá en un precio infimo una obra que, aunque imitada del francés, puede decirse que es completamente original, por estar acomodada á nuestras costumbres y hasta á nuestra historia. La circunstancia de haberla juzgado tan favorablemente el público en la primera edición, nos dispensa de

hacer su elogio. En seguida daremos las novelas que tenemos ya anunciadas, previos los requisitos que exige para estas publicaciones la nueva legislación de imprenta.

COMPENDIO

DEL

DICCIONARIO NACIONAL

DE LA LENGUA ESPAÑOLA,

POR DOMINGUEZ.

Concluido el plazo para tener opción á recibir gratis esta obra, se abre suscripción á ella al precio de 45 rs. en Madrid el tomo, y 20 en provincia, ó sea 30 rs. en Madrid y 40 en provincia toda la obra. Constará de dos tomos en 8.^o de 4200 á 4600 columnas de impresión cada uno, edición muy esmerada en caracteres nuevos. El tomo 1.^o se repartirá en el mes de mayo y el segundo en el de junio. Concluida la impresión, no se venderá ningun ejemplar menos de 40 rs. en Madrid y 50 en provincia. Debemos advertir á los que crean que es demasiado el volumen y el precio, para un Diccionario manual, que se trata del *Compendio* de una obra inmensa como lo es el *Diccionario clásico* de Dominguez, y que teniendo 500 pliegos en folio el que sirve de matriz, es imposible reducir á menos de 400 en 8.^o el extracto, sin riesgo de hacer una cosa imperfecta.

OBRAS PUBLICADAS.

Habiéndose agregado á la *Biblioteca*

Española las *Novelas populares*, parece justo que todas las obras de esta colección, puedan obtenerlas los suscritores de la Biblioteca al precio de suscripción, y así lo hemos resuelto, á cuyo fin se incluye al pie el título de las obras con su precio de suscripción y venta, advirtiendo que del primero solo pueden disfrutar como queda dicho los suscritores en cualquiera concepto á la *Biblioteca Española*.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabril, con 74 grabados. Precio por suscripción, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el grande, por Agustin Challamel, con 30 grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 10 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edición y se avisará cuando se haga una nueva.

María Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la colección del autor titulada *Crímenes célebres*; tiene 45 grabados. Precio por suscripción, dos y medio rs. en Madrid, y tres y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 10 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edición ilustrada con 400 grabados originales. Precio por suscripción, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 7 en provincia.